

## Uno

—Señor *Estebowsky*, esta vez ha ido demasiado lejos.

—Nos inclinamos a creer, señor *Estebowsky*, que ha estado mintiendo a la compañía desde el principio. Al volver a repasar el perfil psicológico previo a su reclutamiento en el cuerpo de operativos de campo, no hemos sido capaces de encontrar indicios que apuntasen a esa tendencia a la insubordinación que ha estado desarrollando últimamente. Y nuestros técnicos no suelen equivocarse, por lo que deducimos que, de algún modo, burló usted los controles de ingreso, lo cual equivale a burlarse de la compañía al completo. No sé si me entiende...

—Sabemos que su trabajo no es fácil. Pero a un agente de su rango se le exige cierto grado de... tolerancia... Esa sería la palabra, señor *Estebowsky*: tolerancia. Un operativo que se doblegue a la primera que las cosas vienen mal dadas no nos sirve de nada.

—Su nivel de alcohol en sangre, señor *Estebowsky*... Digamos que se podría esterilizar un laboratorio entero sólo con las muestras que le hemos tomado. Por no hablar de todo lo demás.

—... A lo que tendremos que sumar el cargo de agresión a un superior, señor *Estebowsky*.

—Sífilis, señor *Estebowsky*. ¡Sífilis! ¿Sería usted capaz de explicar a este tribunal cómo, en pleno siglo veintiuno, puede un operativo de campo de elite de la mayor organización de contraespionaje militar del mundo, alguien entrenado por los mejores, que se pasa la vida en hoteles de cinco estrellas y casinos exclusivos para magnates, alguien monitorizado vía satélite las veinticuatro horas del día, acabar arrestado durante una redada en un burdel de Varanasi, medio muerto a causa de una enfermedad erradicada hace décadas y con el pene de un niño de catorce años aún en la boca?

—Sin duda, ha visto usted cosas que harían a cualquiera salir corriendo a ponerse hasta las cejas de todo tipo de drogas y del peor sexo imaginable. Tenga en cuenta, sin embargo, señor *Estebowsky*, que en la compañía no hay sitio para un CUALQUIERA. Nuestra responsabilidad para con la sociedad en general es la de tener en nómina sólo a lo MEJOR de lo MEJOR, y usted...

—Considérese relevado de todos los privilegios, señor *Estebowsky*. A partir de ahora, sus demonios son cosa única y exclusivamente suya.

*Intentaremos reinsertarle en la vida civil de la forma menos traumática posible, y esperamos que sea consciente de la magnitud del favor que estamos haciéndole.*

## Dos

El eco de las voces vinculadas al peor de mis fracasos reverberaba aquella mañana con especial virulencia. Desperté, empapado en eco y exudación de lo lanzado en deriva kamikaze durante la noche anterior. Abrí los ojos a la plúmbea atmósfera de la oficina. Residuos flotantes de ectoplasma en proceso de difuminación, producto de una decena de porros de nuez moscada fumados en pleno delirio espídico. No había pasado, pues, más de cuatro o cinco horas desmayado. Lo que por aquel entonces yo llamaba “dormir”. De vuelta al mundo de los vivos, para desgracia de cierta parte de mí de la que no estoy especialmente orgulloso. Me levanté del futón manteniendo a raya, dentro, a los retortijones de la resaca. Tropecé con el escritorio. Maldije entre dientes. El escritorio parecía haberme salido al paso sólo para recordarme que su superficie no era el mejor sitio donde dejar la ropa tirada, y de paso hacerme saber que, andando desnudo por el minúsculo despacho que desde hacía casi dos meses se había convertido en mi nuevo hogar, lo único que conseguiría sería llevarme más golpes en la ingle como aquel que acababa de arreararme. Trastabillé de camino al cuarto de baño. Vací la vejiga. Localicé unos calzoncillos no demasiado sucios sobre la cisterna del urinario, les di la vuelta y me los puse del revés, sintiéndome inmediatamente mucho mejor después de haber cubierto mi vergüenza de primera hora. Volví al despacho. Efectivamente, nadie me esperaba.

Aún me persigue la intensidad con que la sensación de haberme convertido en un jodido cliché inútil de novela negra me asaltó aquella mañana.

Un año y pico ejerciendo como detective privado...

Impelido en origen por la imaginería popular de tipos con cigarrillos negros colgando de un rictus endurecido por la calle y las malas compañías, prendado de un futuro hipotético de gabardinas y sombreros de fieltro y escotes de champán y aventuras contextualizadas en un contemporáneo corrupto, acaté sin rechistar, y un tanto inocente y fascinado, cabe decir, lo que la compañía había decretado sería la mejor opción profesional para un agente expulsado sin honores y por la puerta de servicio como yo. No supe ver a tiempo que con su decisión pretendían un par de

cosas muy concretas. A saber: mantenerme entretenido como a un crío subnormal durante lo que me quedase de vida, lo cual, según su estadística, era bien poco; y tener un puñado de justificaciones excelentes, como la mafia, o un camello vengativo, o un marido despechado, o la maldita curiosidad que le guillotiné las pelotas al gato, para el momento en que la policía me encontrase tirado en una zanja, muerto sobre un charco formado por mis propias heces y vómitos y con una bala irrastrable en la nuca.

Pero no todo salió según lo planeado.

De hecho, nada salió según lo planeado. Como ya había comprobado varias veces, ni siquiera la compañía era completamente infalible. Casi nadie requiere ya los servicios de un detective privado para casi nada. Es otro de los efectos colaterales de la mediocridad sobre la que el mundo ha acabado asentado: el común de los mortales ha optado al fin por, al tropezar con un asunto feo, decir que la mierda sucede, escupirse en los zapatos y encomendarse a las santas fuerzas de seguridad del estado que todo lo pueden. La evolución nos ha dejado a todos sin cojones, bebés perpetuos soldados a la teta de mamá-estado.

Un año y pico, y ni un solo cliente.

A veces me jode muchísimo tener razón.

La compañía parecía haberse olvidado de mi culo. Siete meses tras la expulsión, siete meses de caminar cada amanecer desde el piso de protección oficial que habían dispuesto para mí hasta el despacho, donde esperaba la llegada de ese primer caso que casi había alcanzado dimensiones míticas en esta cabeza mía horadada por las anfetaminas con las que me mantenía despierto hasta bien entrada la noche, cuando me rendía a la evidencia de un día perdido más y abría la primera de las botellas de Jägermeister que guardaba en el primer cajón del escritorio, de la que daba cuenta con tal brío que nueve de cada diez veces amanecía de nuevo en mi pisito sin recordar cómo había llegado hasta allí; siete meses de pantomima y aburrimiento después, que no hicieron sino acentuar aún más lo peor de mí mismo en los argumentos que habían esgrimido para darme puerta, dejé de mirar atrás por encima del hombro, de diseñar rutas de escape cada vez que entraba en una habitación y de buscar cable de fibra óptica en los rodapiés, en los conductos de ventilación y sobre los muebles, y no pasó nada. O bien había habido un cambio

en la política de reservistas de la compañía, o bien mi hastío había empezado a hacer metástasis hacia arriba en la cadena de mando, de forma que la única solución lógica era extirparnos a mí y mi soporífera rutina y dejar que la naturaleza y las adicciones y la laxa concienciación al respecto de las enfermedades de transmisión sexual que me caracterizaban, hiciesen el trabajo sucio. En cualquier caso, todo apuntaba a que había sido definitivamente dejado a merced de mi libre albedrío. Aunque eso sólo me proporcionase la libertad de hundirme en la mierda cuanto desease.

A medida que la más que generosa indemnización que el gobierno me había concedido por mantener la boca cerrada con respecto a lo visto, oído e incluso olido durante el tiempo que formé parte de la compañía, decrecía, y los colacones de cinco días, colgado de cocaína, éxtasis, MDA, poppers y vodka con gasolina, trotando de garito de ambiente en garito de ambiente no sin antes pasar por prostíbulos underground, clubes fetichistas de la peor índole imaginable y establos de transexuales, se volvían costumbre, me fui deshaciendo tanto de mi fe por volver a trabajar en algo algún día como de la mayoría de bienes materiales que había acumulado en mi regreso a la vida civil. Los primeros en caer fueron la colección de discos y libros que no necesitaba ni quería escuchar ni leer; al poco, les siguieron a eBay el equipo estéreo, la televisión, el reproductor multimedia, el ordenador de sobremesa y el portátil, la mayoría de los muebles e incluso el ridículamente aparatoso frigorífico de última generación que había sido el regalo de despedida con más sorna que mis compañeros de sección fueron capaces de encontrar. Que me invitasen a marcharme del piso por impago de las nimias cuotas de comunidad, y el despacho se convirtiese en el único sitio al que recurrir para pasar las bajonas y resguardarme del calor y la lluvia, fue cuestión de tiempo.

Así se acaba tras un año y medio de sopor y parálisis estupefacta: como un detective drogata, enjuto, prematuramente envejecido, con la elastina y la línea de nacimiento del pelo en implacable retroceso, borracho y marica, sin clientes, en calzoncillos, mirando fijamente a la ausencia y silbando para espantar un dolor estúpido y parpadeante en la espinilla.

Aquella mañana, tres horas después del despertar entre fantasmas, desestimada de una vez por todas la idea de volver a dormir, conecté el

teléfono móvil a la peana de la vetusta consola portátil de acceso a Internet. Marcación, pitido y línea exterior. El mensaje de ningún correo nuevo en la bandeja de entrada de mi servidor personal me dio la bienvenida. Ejecuté el secuenciador de tareas para acceder a mi otra oficina, la que mantenía en RealKonsens. Había abierto el anexo virtual a mi excusa de negocio en el universo paralelo de ese vasto programa social hijo pródigo y un tanto bastardo del primitivo SecondLife, en pleno delirio drogado, casi al tiempo que la oficina física. Al poco, descubrí que el otro mundo no pintaba, para mí, mucho mejor que éste. Sin embargo, me maravilló descubrir algunas utilidades, escondidas al usuario medio del programa, que si bien poco o nada tenían que ver con mi profesión, sí servían para mantenerme despistado hasta que la pulsión de la necesidad de movimiento, tanto físico como espiritual, se convirtiese en ansiedad y me obligase a salir otra noche más a las calles inundadas de esta Barcelona en la que me encontraba varado y en paro y a la espera de ese último suspiro cabrón que me sirviese como corolario y que ya estaba tardando más de lo previsto.

Formalicé el acceso al servidor. Cinco segundos de carga. El avatar que RealKonsens había creado a mi imagen y semejanza se materializó en el centro de un círculo brillante, en una esquina del despacho simulado. Desplacé el avatar hasta la parte de atrás y cliqué sobre un bloque de píxeles determinado, descargado de un servidor pirata con la licencia de ítem aplicable al programa falsificada para pasar por algo llamado “gestor de residuos”. Estimulado por el ratón, el bloque se estiró y abrió hasta convertirse en algo parecido a un espejo de cuerpo entero a través del cual el avatar podía acceder a un subprograma llamado Doppelgänger: un lugar en el que alguien como yo podía encontrar la verdadera diversión y reconciliarse con las bondades de la tecnología.

Nada más cruzar el espejo, la pantalla del navegador se llenó de imágenes tan turbadoras como apetecibles; los portales de propaganda intersticial con todas las posibilidades que el submundo bajo el submundo ofrecía al visitante: el puente de acceso a una habitación Chat sólo para avatares con los genitales auto-amputados, la puerta batiente a un pasillo de gloryholes mutantes, una treintena de ventanas remedando el barrio rojo de Ámsterdam que servía de escaparate a otras tantas sesiones de bukkakke en línea, las baldosas amarillas que conducían al jardín de la zoofilia...

Hice girar el punto de vista de mi álter ego hacia la derecha y enfilé el sendero granate que llevaba al barrio de las armas. Me apetecía un poco de sana violencia gratuita. Mi avatar fue validado en la entrada de la galería de tiro a la celebridad a la que estaba suscrito; un parpadeo en la pantalla, y me encontraba frente al arsenal que había acumulado en uno de los depósitos del simulador, de donde escogí una escopeta de dos cañones de entre el vasto surtido de réplicas modificadas para funcionar en RK del armamento del Doom original, con las que me había ido haciendo poco a poco hasta atesorarlas con una devoción casi fanática y que había ayudado a crearme una sólida reputación entre los demás usuarios. Toscas formas a base de polígonos de dieciséis bits, que resultaban naïf y anticuadas en la singularidad hiperrealista del procesador gráfico de RealKonsens. Reconozco que, a veces, puedo resultar un tanto sentimental con según qué cosas.

El segundo de los factores que habían hecho de mi proyección virtual la comidilla de varios grupos de charla especializados en simuladores de tiro, era mi puntería puesta al servicio de una brutal y esmerada virulencia. Sólo otro de los usuarios, alguien apodado *P.Morte*, superaba mi puntuación. Para eso había quedado mi carísimo entrenamiento en tácticas de combate e insurgencia subvencionado por la compañía: masacrar de forma implacable a replicas chinas de los avatares de la lista de personalidades famosas en RealKonsens, a fin de hacerme con algunos créditos ilícitos que intercambiar en los prostíbulos de Doppelgänger. Como casi todo en lo que se había vuelto mi vida, una cínica paradoja.

Escopeta en ristre. Sonrisa convexa de TNT. Desplazamiento rectilíneo en embudo. Crucé la cortina de chispas hacia el campo abierto del simulador. El escenario generado al azar había seleccionado para aquella jornada un paisaje bucólico de colinas, molinillos de viento, chucherías y flores gigantesas, tan verde que volvía rojas las esquinas del campo visual del que se quedase mucho rato mirando, sacado de una antigua serie infantil. Con un par de comandos de atajo, puse mi avatar en modo combate y eché a correr por la simulación del plató de los Teletubbies, moviéndome en zigzag, con el punto de mira de la escopeta atento a los cambios de rasante. Fuera del programa, al otro lado de la pantalla, una mano helada sobre el botón en la consola asignado a la recarga.

El cráneo pelado de la proyección pirata de un popular presentador de informativos asomó fugazmente tras un bastón de caramelo plantado en mitad de una explanada. Mi primera víctima, tácticamente indefensa después de un voraz cálculo mental: por mucho que lo hubiesen programado para correr, el avatar calvo no tendría ninguna posibilidad de llegar a un lugar seguro, una vez sacado de detrás del precario parapeto del bastón de caramelo, antes de que al menos dos de los cinco disparos que pensaba efectuar le alcanzasen de pleno. Abrí fuego sobre el poste rojiblanco tras el que, si fuese humano, y fuese un humano lo bastante listo, en aquel momento el avatar estaría rezando.

Ruido blanco, la imagen fundida y la pantalla escupiéndome fuera del programa y de vuelta al despacho.

## Tres

—Inhibidores de frecuencia... —dijo una voz al otro lado del escritorio—. No puedes vivir sin ellos, pero tampoco con ellos.

La voz brotó de una silueta en la penumbra, parapetada tras el millar de puntitos luminiscentes que me herían las córneas después del brusco paso de la realidad virtual a la realidad real, resistiéndose a meterse en el mínimo haz de luz que entraba por la ventana. ¿Cuánto tiempo había pasado en RealKonsens?

—El puto Pascual Larraz —un tentáculo surgido de la fosa séptica que era mi memoria dictó esas cuatro palabras a través de mi boca.

—El puto Aitor Estebowsky. No te veía desde lo de Shauen. Estás hecho una basura.

—Yo también te quiero.

Pascual Larraz, el albino reptiliano al que en otra vida pretérita solía llamar Coronel Larraz. Con sus ojos rosados y la piel como papel macerado en un charco de orín y la mención a Shauen, que me trajeron un molesto flashback de helicópteros negros y fragor de ametralladoras a la luz violácea de atardeceres extraterrestres en el desierto; gritos de insurgentes neo-bereberes conduciendo chatarra y peste a carne chamuscada por la radiación; pústulas, síndromes de Estocolmo espongiiformes, las cabezas de mujeres de pelo azabache y ojos lapislázuli clavadas en bayonetas, y cocodrilos blancos devorando fetos abortados a machete. Un molesto efecto colateral del abuso de ciertas sustancias.

Larraz el lagarto, en maniobra de esbirro, dio un paso al frente y apoyó las palmas de las manos en el escritorio y dobló sus casi dos metros de estatura para que su rostro quedase a la misma altura que el mío.

—Te estás yendo, soldado —dijo.

—Ya he vuelto —repuse, dándome metafóricamente de hostias por haber mostrado debilidad ante quien menos me convenía.

—Estás peor de que lo que cuentan por ahí.

—Hecho una basura, sí. Eso ya lo has dicho. ¿Y quién coño cuenta nada de mí por ahí?

—Intel.

—Joder...

—Nunca has tenido más razón en tu vida.

Me eché atrás en mi silla, distanciándome de él, y entonces me fijé por primera vez en los cinco puntos rojos que temblaban en mi pecho desnudo. Punteros láser. La oscuridad del despacho albergaba cosas peores que el coronel Larraz.

—Has venido a darme la segunda parte del finiquito —dije.

—Parecía imposible, pero estar entre civiles te ha vuelto aún más paranoico de lo que eras.

—Después de tanto tiempo, tú dirás...

—Relájate. —Larraz se incorporó y se cruzó de brazos, haciendo crujir las mangas de kevlar de su uniforme con un crujido que antaño había sido para mí tan familiar como el crujir de mis propios dedos, y luego sonrió—. No hemos venido a matarte. Estamos aquí con órdenes de restablecer contacto contigo y hacerte una propuesta de negocios.

—¿Y los tiradores? —pregunté, llevándome una mano al pecho para que los punteros se reflejasen en la palma.

—Una ligera precaución. Nadie quiere que se repita lo de la última vez.

—¿Qué tal tus pelotas, por cierto? ¿La brigada de limpieza consiguió encontrarlas antes de que se gangrenasen?

La sonrisa del lagarto desapareció. Larraz se tensó y sorbió por la nariz.

Otro flashback irrisorio: borrachera de carnicería, unos barracones con olor a suspensorio adolescente, la reprimenda a baja frecuencia del coronel y esa forma de tirar por la calle de en medio, desproporcionada, con que solía resolver los conflictos en mi peor época; echar mano al machete y la otra mano a la entepierna de un superior y apretar tanto los puños que los nudillos comiencen a sangrar impulsos eléctricos...

—Aquello ya está solucionado y olvidado. Eso sí, como se te ocurra acercarte a cualquier objeto cortante que tengas por ahí en lo que dure nuestra conversación, que Intel me perdone, pero doy orden de que te cosan esa cara tan fea a balazos.

—Has mencionado algo de una propuesta de negocios —dije, cambiando de tema, henchido de malsana satisfacción—. Y la respuesta es

no. Si no habéis venido a darme de baja, no quiero nada más con la compañía.

—¿Te das cuenta de que hablas como una maricona suicida?

Tuve que reconocerle al coronel que al menos uno de los dos elementos que componían su pretendido insulto era cierto. Aunque precisar cuál me daba demasiado miedo.

—¿Tú y tus colegas vais a marcharos de una puta vez? Tengo cosas que hacer y no pienso ofreceros una cerveza —mascullé, sintiéndome de repente muy cansado por tanta cháchara empapada en testosterona.

—Tengo órdenes de no salir de aquí hasta que...

—Sí, sí, ya lo sé. Yo también estuve una vez a ese lado de la mesa. Suelta tu mierda y luego vigila que la puerta no te dé en el culo al salir.

—Petulante hijo de perra —bufó el coronel, para acto seguido descruzar los brazos y hundir una mano en el interior del bolso de campaña que colgaba de uno de sus hombros, del que extrajo un abultado sobre de plástico que lanzó en mi dirección con un hábil giro de muñeca.

Atrapé el sobre al vuelo, rasgué el precinto de la compañía con los dientes y examiné el contenido. Dentro había un sobre algo más pequeño, de estraza, una cajita metálica y pesada, negra, sin distintivo alguno que indicase su contenido, y una libreta de gastadas cubiertas de cuero marrón.

—La compañía quiere contratarte para que les encuentres algo —dijo Larraz—. Después de todo, eres detective ¿no? Un detective que no ha resuelto un caso en su perra vida, pero detective al fin y al cabo. Detective en la ruina y ex operativo de campo, justo lo que la compañía necesita.

—Lástima que este detective no necesite nada de la compañía.

—Trece mil euros —el coronel dejó caer la cifra como una lengua bífida asomando entre sus labios.

—¿Disculpa?

—En el sobre hay trece mil euros en billetes pequeños del fondo de provisiones de la compañía, que serán tuyos a partir del momento en que aceptes el caso. Y si das con el objeto de la búsqueda, habrá otros trece mil más.

—Lo siento. Lo repetiré una vez más, para los lentos de la clase: PASO. Además, todo este asunto de la pasta empieza a sonar demasiado serie-b para mi gusto.

—¿Te vas a hacer el remilgado conmigo, Aitor? ¿Crees que Intel no tiene controlados tus gastos e ingresos y no sabe que sodomizarías a tu abuelo por menos de la mitad de lo que hay en ese sobre? Deja de portarte como un pardillo orgulloso y di que sí de una vez, para que mis chicos y yo podamos ir a buscar un sitio decente donde dormir en esta puta charca a la que llamáis ciudad.

—No te metas con mi puta charca... —dije, consciente de que estaba dándole la razón al lagarto y de que volvía a mostrarle debilidad, y aún así como guiado por cierta necesidad que había estado manteniendo en continua negación los últimos siete meses—. Y después de saber cómo funciona la compañía no pretenderás que diga que sí a algo sin conocer los detalles.

—Esa actitud ya me gusta más —dijo él, y al instante los puntos rojos en mi pecho desaparecieron—. ¿Sabes lo que es un Demótico?

—Ni puta idea.

—Yo tampoco hasta esta mañana. —Le oí mascullar. Larraz relajó la postura y, con dos zancadas, rodeó el escritorio y se plantó a mi lado, estableciendo un vínculo por cercanía que me puso los nervios de punta y me hizo lamentar no tener, como medida de precaución y como él temía, algo cortante a mano. Cerca, demasiado cerca, el lagarto me guiño un ojo y prosiguió:— Un Demótico, al menos el Demótico que le interesa a la compañía, es básicamente una tabla, un trozo de madera en el que, en algún momento entre el 650 y el 400 antes de Cristo, se grabó todo un alfabeto y una guía de uso sintáctico del mismo, así como las instrucciones para traducir a ese alfabeto cualquier otro de los conocidos por el hombre.

—¿Algo como la Piedra Rosetta?

—Mucho más complicado. Con las directrices grabadas en esa tabla se puede traducir cualquier lengua. Y con cualquier lengua quiero decir incluso las que surgieron miles de años después de que quienquiera que fuese que grabó el pedazo de madera, y el resto de su civilización, quedasen enterrados y olvidados para siempre.

—Una antigüedad curiosa, ya veo —dije con sorna—, pero ¿qué coño tiene que ver con la compañía? ¿Es que queréis invertir en rarezas históricas?

El coronel Larraz apartó sus ojos de los míos un instante, lo suficiente como para echar un vistazo a través de los cristales sucios de la ventana a mi espalda. Había oscurecido mucho, demasiado y demasiado deprisa, en

el espacio de tiempo en que se alargó nuestra conversación, y ahora la luz de las pocas farolas enteras que quedaban fuera le hacían parecer aún más inhumano, más reptil envuelto en ropa de campaña que persona.

—Ese alfabeto grabado en la madera es un puto peligro... —dijo. El rictus con el que volvió a mirarme daba a entender que más me valía, por mi salud, hacer catecismo irrefutable de cada una de las sílabas que a partir de entonces saliesen de su boca—. Para ilustrarnos sobre la importancia del asunto, la compañía trajo a dos expertos que nos hablaron, a mí y al resto de mi pelotón, usando ese lenguaje... Las cosas que vi... que vimos... Lo que sugerían las palabras de esos dos, hizo que me cagase, literalmente, encima. Nunca jamás antes había pasado tanto miedo ni me había sentido tan asquerosamente mal conmigo mismo.

Y esto lo estaba diciendo alguien que una vez, en Nepal, a veinte grados bajo cero, desnudo y colgado de crack y cachondo como sólo puede estar cachondo un animal salvaje colgado de crack, había matado a un burro cosiéndole el cuello a dentelladas para luego meterle la polla al cadáver aún caliente por los agujeros abiertos a mordiscos.

—Fue como si me diesen la vuelta y me enseñasen lo que todos llevamos dentro... Las cosas malas que llevamos dentro... Impresas en el código genético, transmitidas de generación en generación desde que surgimos de la sopa prebiótica.

—No entien... —empecé a decir. El resto de la frase quedó solapado por una especie de terrorífico murmullo gutural con el que el coronel finalizó su explicación.

—Según Intel, es más que probable que el Demótico sea un manual de hipnosis dejado en la tierra por una raza alienígena para ayudar a la especie animal dominante, la que primero desarrollase el pensamiento abstracto y el lenguaje, a dar un último paso evolutivo gracias al cual poder abandonar el planeta y colonizar otros.

Dicho esto, el lagarto se replegó de vuelta a las sombras que se habían comido casi por completo el interior del despacho.

Juraría que, antes de que se ocultase de nuevo, vi lágrimas corriendo por las mejillas del coronel Larraz.

—¿Qué pinto yo en todo esto? —pregunté, tirando de tópico.

Larraz carraspeó desde la oscuridad para aclararse la garganta. Su voz recuperó el tono marcial habitual:

—La compañía ha sabido de la existencia del Demótico, por lo visto, desde siempre, pero es en los últimos tiempos, en vista de en qué se ha convertido este mundo nuestro, cuando ha empezado a interesarse de verdad por él y lo que se supone que promete.

—Después de cargarse el planeta, quieren probar si lo de salir a por otros prados más verdes funciona o no...

—Algo así. Intel ha estado los últimos dos años siguiéndole la pista al Demótico hasta descubrir que, por culpa de una serie de desafortunados accidentes, éste se encontraba en manos del CESID.

—¿El servicio de inteligencia español? ¿Ése CESID? Pues ya podéis darlo por perdido.

—Exacto. Cuando la compañía le reclamó al CESID la tablilla y toda la documentación relacionada y hasta el último experto en la materia que tuviesen, éstos les estuvieron dando largas hasta que la situación se volvió insostenible y no les quedó otra que admitir que lo habían perdido.

No lo sentí entonces y no lo siento ahora, pero no pude resistirme a romper en una carcajada.

—Sí, es jodidamente tronchante... —dijo el lagarto—. El caso es que, después de mucho presionar y de mandar a mi pelotón a apretarles los huevos, los jefazos del CESID nos han confesado un rumor bastante fiable, que pretendían quedarse para ellos, según el cual la última localización probable del Demótico es aquí mismo, en Barcelona. Un agente rebotado lo robó del archivo de la central de inteligencia y creen que está escondido en alguna parte de este pantano.

—Repito la pregunta que te he hecho antes: ¿por qué yo? Y matizo: ¿por qué no te coges a tus muchachos, peináis la ciudad hasta encontrar al tipo y le sacáis el Demótico a hostias, como se ha hecho siempre?

—Digamos que, ahora mismo, no hay ningún operativo en la compañía capaz de infiltrarse en los ambientes por los que sabemos que el tipo se mueve.

—Me cago en...

—Eso mismo dije yo cuando me encargaron venir a verte.

—No podéis pedirme esto.

—Ya lo hemos hecho. Y ya no puedes decir que no.

Jodido lagarto mamón. Me conocía lo suficiente como para saber que toda la perorata me había picado la curiosidad. Curiosidad salpicada por un dinero que, bien sabe Dios, necesitaba más que respirar.

Accedí.

Es el tipo de cosas por las que de vez en cuando me cago en el futuro que nos prometieron de pequeños, y maldigo a los profetas porque aún no se ha inventado la máquina del tiempo que me permita volver atrás, al momento justo antes de decir que sí y estrecharle la mano a Pascual Larraz, para pegarme un tiro por gilipollas.